

rebelde y su padre, fijando el acento partidario, aunque no lo haya querido, en el primero, oscila entre el peligro de escribir una novela valerosa y una moraleja infantil, de aquellas que impelen el curso del mal, desde el robo de un nido con pajarillos, hasta el asesinato a mansalva.

Las condiciones de narrador folletinesco, lo afirmamos como pudiéramos decirlo del novelista italiano Alberto Moravia, en un sentido benéfico de amenidad, no se han perdido. El autor observa con justeza los rasgos, tiene buen oído para trasladar a la página escrita un auténtico lenguaje, sin ripio, y sólo decae cuando esfuma el dramatismo de su acción con procesos imaginativos superpuestos, cuya falsedad el lector diestro adivina a primera lectura. Sirva de ejemplo ese homicidio frustrado con que Vergara pretende finalizar su novela sin lograrlo, sin poder renunciar a un conflicto muy bien planteado entre el hijo y el padre, que merecería muchas páginas enjundiosas para esclarecerse. Así ocurre que por prisa, siempre negativa en la concepción y trabajo de una obra de arte, una novela que pudo ser muy densa, se convierte en un testimonio, propenso a la frivolidad y a la ligereza. Pero Vergara, autor todavía muy joven, es dueño de un destino más promisorio de lo que aparenta en las letras chilenas.



*El Infierno del Paraíso*, por ANTONIO CAMPAÑA

EL POETA Antonio Campaña obtuvo en 1952, con su libro *La Cima Ardiendo*, un Premio Municipal de Poesía y hace poco tiempo, escaso para la cronología poética, ha publicado *El Infierno del Paraíso*, obra de los 35 años. Los trabajos insertos en el libro anterior de Campaña, impresionaban por un exceso de palabras y la indudable cultura poética del autor, se hacía presente todavía en forma ingenua, directa, mostrando el filón libresco, en especial de la más moderna poética española. En este último libro, en su *Infierno del Paraíso*, Campaña ha dado un seguro paso. La vasta cultura lírica está totalmente asimilada y el poeta se lanza a descifrar el mundo, mediante recursos y claves puramente artísticos. El tema central del libro es el amor, un amor sensual que engarza, en forma casi monótona, dos o tres elementos visibles y concretos, pero tras esta impulsión hay todo un mundo de lirismo denso, de universo poético y esto último ya es muy importante. Escribe Antonio Campaña, en su *Infierno del Paraíso*: "Las cosas están ahí donde tú hallas el polvo, // Pero entre el cuerpo y el alma sigue

un agua espesa, // El tono más a propósito para un entierro, // Como la hoja que cierra los ojos de la sombra y va y viene, // Como la roca que acepta vivir sin un deseo, // Y sabe que el presente no se borra con divisar el pasado, // Oh ángel de la memoria vuelve con el olvido en tu cabeza ardiente, // Sólo un instante vuelve para buscar mi labio preferido, // El regocijo sin sueño, la red cerrada de los cantos, // Aunque Dios está cada vez más lejos, no se sabe dónde, // Pues si nada tenemos nada hemos perdido para siempre, // Y todo no es sino sueños creados como hojas o plumas//.

Los oídos habituados a la romántica poesía historiada, como los novicios de la música que confunden Vivaldi con Mozart o endosan a Chopin cualquiera partitura que les sacuda el corazón, harán un mohín ante este tono poético, pero él trasluce un avance emocional y expresivo, no sólo en el caso de Campaña, sino también en el fenómeno poético chileno tan abundante que es difícil desbrozar la maleza de la flor viva, símbolo de una pura síntesis.



*Leyenda de la Rara Flor*, por JORGE ONFRAY

JORGE ONFRAY, poeta y prosista, autor de un bellissimo poema elegíaco que más de una vez hemos señalado y de una novela de fuerte y cáustico relieve, con algo de esos retratos de forma y diálogo grotescos que pudieran rememorar un guignol muy bien movido, surge ahora con un nuevo libro de poesía que ha titulado *Leyenda de la Rara Flor*. Se trata de un suceder poético amparado por una tonalidad serena, entre claves sorprendidas, donde el objeto visible del amor desaparece y se convierte en una angustia sin desesperación, de vocablo suave y escéptico. Por instantes, viene a la memoria esa escena en que Chaplin, el de *Candilejas*, imita, ante una muchacha baldada, la mímica de un flor. Pero los atisbos y gracias del bufo llevan a un fin, el de hacerse entender, imponiendo un humor nuevo, extraído de la nada, algo que para otros menos sutiles, no tuvo asidero. Onfray, por su parte, ni siquiera se interesa porque el lector se oriente en la *Leyenda de la Rara Flor* y le advierte a su desconcertado oído: "Finalmente suplico // que nada hagáis por entender. // Y como jamás la amasteis, // Oh jamás, // Por semejante a todas, // Por distinta y semejante, // No améis nunca bajo los cielos, // La rara flor.